

Dolors Alberola

BATSHAJAR
La hija de la aurora



1ª Edición, 2022

Editorial DALYA

Maestro Portela, 41
11100 San Fernando
www.edalya.com

Copyright © by Dolors Alberola

All rights reserved under International Copyright Conventions.

Reservados todos los derechos sobre este libro.

© Libroautor S.L.

No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diseño: Redactio - Global Writing & Publishing Services

Dolors Alberola

Batshajar, la hija de la aurora

ISBN: 978-84-946950-8-7

D.L. CA 290-2021

Printed in E.U. / Impreso en U.E.

Capítulo I

En los días de lluvia los recuerdos parecen ensanchar. Son como pompas que enfundan tenuemente los ojos. Dentro de ellas, veo el rostro de una niña.

Correteo semidesnuda por la cresta acerada de un arenal. La playa, como el bordado de las tías, tiene un festón de cactus y de higueras salvajes:

—Cuidado, no te pinches. No, esa no es útil. Tiene que ser más gruesa.

—Y para qué quieres que te corte los pinchos.

—Esas espinas son punzones. Con ellos atravieso la tela y puedo hacer estos agujeritos redondos del centro de las florecillas.

La arena de la playa me quemaba los pies y un vapor suave rodeaba mis ojos lo mismo que la lluvia. Era lluvia de sol, eterna lluvia que un día cambiaría, al girar en la rueda.

Ahora mismo está gris. El cielo es una estepa y los cactus se han vuelto diminutos. Me sorprende observar ese patio atestado de macetas. No hay sol y, sin embargo, todo es cálido. Ella nos ha invitado a entrar:

—Pasen, miren, miren. Luego, si lo desean, dejen en el cubo un donativo. Es para el abono, ¿saben? Mi hijo viene cada día a arreglar el jardín. También vino uno que era de la tele y me hizo unas fotos preciosas de las plantas. Sobre todo, de esta pared de los dedales. Hay cosas curiosas, fíjense. Mientras ustedes miran, saco las fotografías y se las enseño. Son preciosas, la verdad es que lucen.

La pared es talmente una obra de ingeniería, casi una construcción con mocárabes. Miles de diminutos dedales se apilan contra ella en perfecta armonía; dentro de cada uno, un cactus pequeñísimo crece a la perfección. No hay hojas secas ni ninguna basura se entierra en su pequeño solaz:

—¡Qué guapa eres!

—Usted sí que es guapa. Su mirada es alucinante, todo el candor de la niñez se ha resguardado en ella.

—Hija, ya con mi edad. Ochenta y dos años.

—Nadie lo diría. Se le nota una fuerza y ese modo de caminar, tan erguida, y el busto. Sus pechos no tienen esa edad.

—Los pechos... ¡tienta, tienta, duros como dos perros!

Comenzaba la anochecida y tuvimos que seguir nuestro viaje.

—Cuídala.

—Sí, ya lo hago. La tengo amarrada en corto —bromeó mi marido.

—No, amarrada no. Tú ya sabes lo que te digo...

La casa de Esterel daba cerca del remanso del río. La fachada posterior, recubierta por tablones ya viejos, venía a morir en el suelo de un patio que, rodeado por una valla de piedra, estaba plagado de macetas con hierbas medicinales y crasas de infinitas variedades. A un lado, sobre el abrevadero, caían los ramajes de unas higueras y la hiedra que, trepando entre ellos, pretendía apurar los diminutos rayos de sol que se filtraban.

Esterel era joven, delgada, piel morena y cabello oscuro que solía recoger dentro de una especie de bonete. Le gustaba vestir de azul o combinar ese color con otro parecido al dorado. Atesoraba viejos manuscritos, ocultos, por miedo a ser delatada, debajo de una trampilla, en la parte de la casa correspondiente a los animales; entre ellos, el de *Las Verdaderas Claves del Rey Salomón*, escrito por Armadel, del que había aprendido a convocar siempre a los espíritus desde dentro del círculo —la fórmula para devolverlos a sus habitaciones, rogarles la convivencia tranquila entre ambos mundos— y a hacer la señal pertinente con el jengibre, para ahuyentar con ese sencillo rito la posibilidad de una muerte repentina.

Su abuela la había adiestrado en las habilidades mágicas y en el conocimiento de las pócimas. Eliora llevaba el nombre apropiado para tales menesteres, *Dios está alumbrando*, y ella, pequeño cirio invertido hacia la casa oscura del después, le había cedido a Esterel todos sus conocimientos. El pequeño Leví crecía entre ellas y

ya las acompañaba en alguno de los misteriosos conjuros, acogiéndose a los nombres sagrados del Dios viviente, sin saber el verdadero alcance de sus medias palabras:

—*El Elohim Eloho Elohim...*

Poco duró aquella triangular felicidad en la casa de Esterel. Leví, con apenas tres años, se fue una noche. Esterel se aferraba al cuerpo de su hijo y lloraba y reía y le llamaba por todos sus nombres, mostrándole inútilmente los garabatos que, días antes de la fiebre, la criatura le había regalado.

Bitania dibujó la primera letra de su nombre dentro de un semicírculo en un pergamino virgen y la primera de su apellido en otro. Se colgó el pergamino del lado de su corazón y comenzó a invocar a los espíritus, con el propósito de que todo el dolor cesara en aquella casa. Era una niña todavía, pero había visto los pájaros. Cada vez que ocurría una desgracia, salían de la nada y revoloteaban en torno a sus ojos, formando una bandada en dirección al lugar donde debía acudir. La pequeña judía era la elegida para la transmisión de poderes de la joven bruja. Aquella noche los pájaros eran negros y alargaban en dirección al remanso sus puntiagudas alas. No podría bajar a esas horas, tendría que escapar con muchísimo sigilo y, además, no estaría bien visto que, a sus catorce años, cruzara la ciudad, exponiéndose a que alguno de los facinerosos que robaban gallinas la descubriera. Se acercaría mañana. Las aves, una vez completados los siete círculos, en torno a sus ojos, especie de Acafoth que le indicaba el urgente motivo por el que su amiga reclamaba su presencia, se alejaron.

Bitania estalló en lágrimas y tapándose la boca, para que sus padres o su propia hermana no despertaran ante los gemidos, pronunció:

—Leví, mi pequeño, ya te fuiste por siempre con las rosas.

Amaneció y tan pronto se escucharon los gallos, la voz del padre resonó en la casa:

—¡Bitania! ¡Bator! No os demoréis. Vamos a realizar las abluciones y bendeciré el pan. Ya el día se ha alzado y con el espíritu presto nuestro cuerpo necesita alimentarse.

Yo soy Bitania y mi hermana pequeña Bator. Nos llevamos casi tres años. También soy Batshajar –todos tenemos marcado otro nombre por dentro, el que reconocen las criaturas que ya fueron y siguen siendo fuera– y Ozna, *Aquella que escucha*, como me llama Nejama. Cuando Bator alcance más edad, también sabrá sus nombres, si ha heredado la llave de lo oculto. Lía me dijo una vez que es posible que ella también la tenga, se lo leyó en los ojos. Los míos todavía no dominan los pájaros, pero ya llegará el momento. Mientras tanto, acudo a las enseñanzas de Esterel. Ya sé elegir las flores y las hierbas y aprendo a descifrar los manuscritos. El otro día, a poco, invoco a un espíritu para que le arreglara la pena a nuestra vecina Isska; su hijita, Daniela, cojea de una pierna y parece que no tenga solución. Cogí el manuscrito de Esterel y busqué el remedio, pero me vio y no pude realizar el conjuro; dice que aún no es el tiempo, que es peligroso hacerlo si no se cumplen todos los requisitos. Debo tener paciencia y, para entonces, tal vez ya la pequeña se haya acomodado a renquear y no sé si los huesos atiendan ya a los misterios:

—Venga, Bator, padre ha llamado y yo debo salir hacia la casa de Esterel. Ponte bien las sandalias. No olvides las alabanzas. Deja la muñeca y acerquémonos a la mesa.

Capítulo II

Cuando Bitania llegó a la casa de Esterel, estaban todos entonando los salmos. Destacaba la blancura perfecta de las vestiduras y la deuda llevaba una cinta cortada en la parte derecha de su cuerpo, como signo de que el que había fallecido era su hijo. Entre los salmos se escuchaban los rituales elogios al pequeño:

—Tan buena criatura que era, siempre obediente a su madre.

—Y noble, sonriente...

Leví ya había recibido su purificación y estaba amortajado con una tela blanca, sobre la cual, la madre había dispuesto, sin que apenas se vieran, unas florecillas del mismo color que, se supone, librarían al pequeño de las terribles amenazas que podían acecharle en su delicado tránsito. Algo similar al óbolo preciso para obtener los servicios de Caronte. El ataúd, totalmente de madera, no podía tener clavos ni ninguna clase de metal y el pequeño parecía una delicada paloma dentro de aquella caja, en torno a la cual los asistentes comenzaron a dar las siete vueltas.

Bitania tenía los ojos llenos de lágrimas, distintas a las de las plañideras que Esterel se había podido permitir para que lloraran la ida de su pequeño.

De allí, toda la comitiva se trasladó hacia la margen del río, donde estaba situado el cementerio y, tras cavar la fosa, cada uno de ellos arrojó un puñado de tierra sobre el diminuto ataúd y se fue despidiendo de la familia con la piadosa fórmula:

—*Que el Todopoderoso te consuele con todos los deudos de Sión y Jerusalén.*

Como el padre de Leví, el alfarero Moshe, había fallecido años antes, casi recién nacido el pequeño, sólo pudieron recibir las palabras de duelo Esterel y su abuela. Así, y en cumplimiento de la costumbre de enterrar al difunto dentro del mismo día de su óbito, antes de la noche quedaron bajo tierra los restos de Leví ben Moshe. *El que acompaña*, como quisieron denominarlo sus padres, duró tan

poco tiempo que fue apenas una huella de humo, mezclada en la sangre, que se hizo duradera y punzante.

Caía ya la noche sobre aquellos parajes y la luna era un círculo ceniciento. Bitania se había quedado. No quiso abandonar al pequeño sin, como cada tarde, según había tenido por costumbre, narrarle una historia. Allí, junto a las losas, comenzó a decir:

—*Elihoref y Ahiya eran los dos secretarios de Salomón. El ángel de la muerte subía y bajaba todos los días preguntando por la salud de Salomón. Un día le vio Salomón de pie, rechinando los dientes delante de sus secretarios. Dijo Salomón: «Es el tiempo de la muerte. Desde el momento en que nace el hombre, se le decreta un lugar para morir».*

A continuación, pronunció Salomón una palabra mágica y los hizo subir por los aires. El ángel de la muerte los cogió de los aires y, luego, se puso a reír delante de Salomón, quien le dijo: «Ayer rechinabas los dientes y ahora te ríes». «El Señor del Universo —respondió el ángel— me había ordenado que los cogiera cuando estuvieran en el aire. Durante todos estos días yo no sabía cómo hacerlo, y me preguntaba: ¿Quién me los enviará al aire para que pueda cogerlos? Tú tuviste la idea de hacerlo para que yo pudiera cumplir los mandatos de mi Señor».

Tras ella, mirando hacia la fosa, con los rostros empañados en tristeza, esperaban Eliel y Guior. Acabada la historia, Bitania se retiró de la tumba de su pequeño amigo y tarareando una de las canciones que les gustan a las criaturas y a los pájaros, salió del cementerio, acompañada, como siempre, por los dos niños.

Eliel, el mayor, cuyo nombre significa *Mi Dios es Dios*, va descalzo. Yo sé que detrás de él y de su hermano algo terrible ocultan sus fauces, pero no quiero indagar. No deseo saber todavía de dónde vienen, qué sucedió con ellos. Guior es más pequeño, casi como Leví. Normalmente preguntan por sus padres y no sé qué decirles. Como su nombre indica es un *Valle de luz*, su cara es hermosa y va tan mal vestido que me hace sufrir, sobre todo en los días de lluvia; aunque me dijo Lía que ellos no tienen frío, que el lugar donde moran es de otra condición y su cuerpo no es como el nuestro, aunque así lo parezca, porque la forma es idéntica, es decir, lo parece. Menos mal que, cuando nos acercamos al río, se entretienen los dos en vadear

sus aguas, saltando por los peñascos que lo cruzan y, con el juego, se olvidan de sus constantes preguntas.

Ayer me preguntaban por qué Leví se estaba volviendo más sutil y al tiempo su figura era un poco más clara ante sus ojos y qué sabía yo, que lo veía más pálido y con unas ojeras que más que sutilidad daban miedo, parecían carbón. Cosas del cariño, me dije, al ser niños los tres, pero no, ellos sabían de las cosas que nosotros no conocemos, entendían que el tiempo no concernía tan sólo a ese dios que nos vigila y cuida y que, tal vez, a él se le estuviera ya acabando algún fragmento. Claro está que Lía siempre me dijo que no hablara de esas cosas con nadie, salvo los diferentes; que todavía no era la hora de comprender las leyes que rigen nuestras vidas antes de que los otros nos las nombren, pues podrían decir que andaba loca, si se me ocurría ver el tiempo como algo importante que nos pertenece y no sólo como producto de una sucesión de cultivos o de circunstancias totalmente naturales y regidas, tan sólo, por quien dirige toda la existencia.

La comitiva, en tanto, había llegado de nuevo a la casa de Esterrel. Eliora, la abuela, ante el nerviosismo de la joven, hubo de prender ella misma la vela que debía durar hasta la jornada siguiente. Nadie dejaba de comentar el enorme dolor de la pérdida del pequeño.

Bitania entró en la estancia del duelo, venía despeinada por el ventisco que acababa de levantarse. Al instante, aparecieron en el umbral Eliel y Guior, con los pies mojados por las aguas del riachuelo.

Capítulo III

Se aproximaba la fiesta del Patrón y ya se había ordenado la limpieza y ornato de la ciudad. Con juncos y paja, en los lugares más céntricos, se intentaba evitar el barro, despejándose, de la suciedad que hubiera declinado allí, los regueros intermedios de determinadas calles. La gente que los poseía, andaba colgando tapices y paños en las ventanas y se preparaban las luminarias en las fachadas de los principales edificios. Músicos con flautas, tamboriles, violas, trompetas, comenzaban a recorrer las calles e invitaban a bailar a la gente. Estos grupos, contratados previamente, recibían su pago. También se estaban adecuando rincones para la representación de algunas obrillas teatrales y un griterío de vendedores de objetos y mercancías exóticas se mezclaba con la algarabía de acróbatas y malabaristas.

Esterel no debía salir de la casa durante la primera semana que seguía al duelo y la abuela era demasiado mayor para poder acudir a los trabajos diarios; así pues, los vecinos y conocidos las atendían visitándolas y llevándoles el pan, los huevos y las legumbres precisas.

Ya era el séptimo día posterior a la muerte de Leví y Bitania pidió permiso en su casa para acercarles un cuarto del ave de corral que habían sacrificado la víspera y algo del costillar de cordero comprado en la tienda de Samuel.

Ayelet, la sirvienta, le preparó el fardo y la pequeña, acompañada por la perrilla Buna y los dos niños, se dirigió a la casa de su amiga.

Cruzó las callejuelas y la plaza con la cabeza gacha. Siempre hacía lo mismo. El miedo a que notaran que en sus ojos veía las grandes sombras de la luz le impedía mirar de frente a los vecinos con los que se cruzaba. Ya a punto de llegar, en una de las callejas desde donde se veía el remanso, coronado por un puente en uno de cuyos pretilos podía aún contemplarse el torso de una deidad antigua, el cuerpo de un muchacho se dibujó de pronto. Como quien mira absorta un vuelo de gorriones o contempla los rayos de la luna

que caen de la noche, miró, casi sin ver, mecida en un extraño temblor casi futuro, un halo del después que señalaba al centro. Era alto, sus cabellos rizados asomaban traviosos, cubriéndole la frente y remarcando la pulida blancura de la kipá. Sus ojos eran negras olivas y en sus labios asomaba, discreta, una sonrisa.

—Como un rayo, exactamente así, como la luz que cae y atraviesa la más pequeña res que hay en el campo, así me atravesó su imagen.

Había dicho en otra ocasión a Lía y ésta respondió sin dudarle:

—Cuídate, Batshajar, que el tacto de los labios lleva muerte y la que cae en ellos no vuelve a la verdad.

Se ruborizó, mientras pensaba en todo aquello que su protectora le aconsejara. No quería girarse y su corazón latía como presa de algo que no podía nombrar. No, no era miedo ni, tan sólo, la voluntad de cumplir los certeros mandatos de aquella mujer que únicamente ella podía contemplar. Era un ardiente escalofrío que la recorría entera al par que algo como un desmayo se apoderaba de su delgadez y ponía tirantes sus pezones. Pero miró, dirigió una sonrisa tímida hacia el muchacho que, a su vez, le devolvió el saludo.

—Igual que noches, Lía, como pequeños cuervos que escondieran bajo las pestañas el más enorme de todos los misterios, me llaman sus ojos y nada puedo hacer.

—Ay, mi pequeña, que yo conozco bien esas heridas, son dentelladas que luego se convierten en cadenas y tus muñecas son aún muy delgadas para semejante peso.

Entró hasta donde se encontraba Esterel y la encontró cubierta con el velo y preparando el pescado y las hortalizas para la comida.

—Esterel, he traído un poco de carne, por si mañana no deseas salir a buscarla.

—Pequeña, siempre tan atenta. Pasa y toma asiento sobre el almohadón, al lado del que ocupa Eliora. Estábamos hablando de la ceremonia de las hadas en honor al nacimiento de Leví. ¿Recuerdas cuando lo pusimos en el agua, con los granos de aljófara y el trigo, tan blanco, tan hermoso, llorando sin parar mientras pronunciábamos las bendiciones para ahuyentarle el mal de ojo? Tú tenías once

años, nunca olvidaré cuando echaste sobre su pecho los pétalos de las flores. Siempre las flores blancas, para que cruzara también por la existencia igual que por la muerte, sin peligros.

—Qué hermoso estaba —susurró Eliora con la voz ya rota— mi pequeño Leví. Y el día siguiente, cansados aún del baile, cuando lo llevamos a la sinagoga, en memoria de la alianza de Yahvé con nuestro padre Abraham. Ahí fue cuando anunciamos su nombre y él nos miraba, con esos ojitos, como si entendiera, como si tuviera prisa de saber tantas cosas...

Se escuchaba desde la cocina la algazara. Un festejo distinto al de la noche de viola, pero con los mismísimos redobles de timbales. Sólo que ahora Leví ya no las miraba con esas dos hogueras de carbón encendidas.

Esterel cogió dos huevos y se dispuso a hervirlos para que sirvieran de guarnición al pescado. Intentó refugiarse en las notas que atravesaban la ventana y llenaban el aire de la estancia. Eliora estaba como traspuesta, no sabía si aquí o allá. Señalaban sus pupilas un camino de aire hasta la luz del candil, que en su vibrar escribía las sílabas de ausencia del pequeño, cuya alma debía acudir noche tras noche, todavía, hasta alcanzar el vaso de agua del alféizar y refrescarse. Ella estaba pendiente, lo sentía llegar, le decía por dentro lo mismo que en vida:

—Leví, bebe despacio, no vayas a mojar te la saya y a coger frío.

El chiquillo, como hiciera siempre, bromeaba. Se bebía casi de un sorbo el líquido y, acto seguido, dejaba resbalar por su barbilla un chorrito que, apenas visible, hacía que Eliora le reprendiera con la mirada, mientras él reía, a boca llena, y chocaba las palmas aumentando con ello el alboroto.

Se fundían los tiempos. No sabía si antes o después. Si la risa o los amargos y decrecientes estertores finales. Sólo la cara del biznieto riéndose, ahogándose, abandonando el vaso y reclinando su pequeña cabeza sobre la almohadilla de tierra virgen de su ataúd.

Eliel y Guior entraron en la casa. Iban dejando huellas en el aire. De nuevo habían cruzado por los peñascos que atravesaban el río y se habían mojado hasta las rodillas. Aún era invierno y, a

pesar de que Lía acostumbraba repetir que sus pequeños cuerpos carecían de esa tiritera humana que conducía al catarro, Bitania no podía dejar de preocuparse. Miró hacia ellos con el mismo gesto que Eliora utilizaba al reprender a Leví. Eliel sonrió. Era raro arrancarle algo más que una pregunta. Guior seguía con la mirada gris oteando por los rincones de la casa, en espera continua de ver aparecer a su madre con su bizcocho preferido en las manos. Se detuvieron delante de la vela que seguía ardiendo en la habitación contigua. El fuego atravesaba sus imágenes y un resquicio de sombra quedaba en el lugar donde una cajita de madera conservaba alguna de las ropas del hijo de Esterel.

Olía a aceite vegetal y ella se apresuró a quemar unas ramitas de romero para que la vecina no se sintiera molesta. Luego, se acercó donde estaba Bitania y, ofreciéndole un puñadito de frutos secos, le dijo:

—Todavía no he enviado hoy el aceite a la sinagoga. Cuando llegue el hijo de Isska, le diré que lo acerque.

Capítulo IV

Bitania estaba sentada junto al río. Era una tarde tibia y el sol iluminaba los ramajes, perlando sutilmente las aguas. Pensaba en Iair. Nejama le había dado el nombre. La invisible mujer sabía bien del doble significado de las cosas y veía luz y fuego en torno del muchacho; veía que alumbraba la vida de la joven cada vez que el destino cruzaba sus caminos, pero veía fuego, un fuego cuyo origen no arraigaba en las manos ni en las ingles, de ahí vino el nombrarle como *El que alumbra*. Bitania, con una ramita de castaño en sus manos, escribía en el suelo el nombre de su amado, al tiempo que imaginaba el momento del baño el día de su boda. Las risas de sus acompañantes mientras las inmersiones y los alegres comentarios en tanto la ayudaban a vestirse con el blanquísimo traje y le sujetaban el velo. Qué hermoso estaba Iair y cómo relucían sus labios, húmedos por el vino que el oficiante les había ofrecido. El sonido de las siete bendiciones y el manto de oración, balanceado levemente por el ligero nerviosismo de sus familiares, se entremezclaban con el mecer de las ramas que, sujetando los trinos de los pájaros, sumergían sus hojas en el cauce.

Hacía ya dos años que estaba prometida. Las negociaciones se habían firmado y acordados quedaron la fecha, la dote y el ajuar, junto a la promesa de fidelidad, de protección y sustento económico de Bitania. Los intereses de su familia y de la de su pactado esposo así lo decidieron, pero ella pensaba que no, que no iba a ser, que jamás se acostaría su madre entre ella y el joven cuyo nombre le había sido destinado.

Iair tendría diecisiete años, quiso imaginarlo así, ya que desconocía cualquier detalle que la acercara a la realidad del muchacho; tan sólo ese nombre, pronunciado por Nejama, le confería algún dato de identificación, aparte de su atractiva presencia. El muchacho reía, se movía con gracia entre los invitados, bailaba y les ofrecía rosquillas.

Las luminosas secuencias del ensueño apagaban el verdor del paisaje real, sustituyéndolo por una luz hermosa y el grácil revoloteo

de las ropas de una ceremonia que solo sucedía en el deseo de la adolescente. Luego, la voz todavía añorada de Iair, leyendo los pasajes de la Torá en la tribuna de la sinagoga. Y siempre el siete, ese número mágico que, al llegar a término, le dejaría rozar el cuerpo del amor. Siete larguísimos días de contemplar su sueño a través de las formas de la madre y, por fin, el abrazo, el palpitar de su temprano pecho contra el busto delgado de Iair.

El fuego de los últimos rayos de sol se opacaba y Bitania seguía todavía inmersa en el futuro, un futuro del que sólo soñaba que no fuera aquel, el elegido por su familia, el que ocupara el puesto del varón debajo del dosel.

Había gran revuelo en la ciudad. Desde el amanecer los vecinos iban ocupando su lugar en las graderías. La plaza estaba llena y el sacerdote cristiano leía el argumento de la historia religiosa que se iba a representar y alababa a Dios y a los poderes municipales. Ya los actores reclutados estaban adecuadamente vestidos y dispuestos, sobre los pageanto, a improvisar sus papeles, dando por supuesto que, a pesar de su temática principal y deseosos de atraer hacia sí a la mayor parte de los asistentes, se salían de las líneas, añadiendo aquí y allá nuevas circunstancias y remedios a lo narrado. De vez en cuando, se escuchaba el clamor de la gente que, con tales sonidos, aprobaba o reprobaba la actuación. Durante los días de fiesta, esta clase de espectáculo motivaba las más diversas emociones que llegaban desde las lágrimas hasta la risa.

Kiria se sentía presa del nerviosismo. Debía terminar antes del sábado el tapiz que estaba tejiendo. En el centro de la seda, había dibujada una cruz que, si bien era un símbolo de adoración para los cristianos, como no se le rendía pleitesía de ese modo, podía permitírsele. El trabajo era un encargo para la familia de Francisco, destinado a adornar la pared de su aposento. La estancia estaba ricamente engalanada, a ella siempre le habían llamado la atención los dibujos de las baldosas que, Constanza, la esposa, mantenía en perfecto estado.

Bator se acercó a su madre y le pidió un vaso de agua. Kiria abandonó el telar y, acompañada por la chiquilla, se dirigió a la cocina.

—Me tiene preocupada Bitania, la veo muy delgada y sin embargo no he notado cambio alguno en su atención a la comida. No sé qué le sucede, porque, también la siento triste.

—Juega conmigo a veces, madre, y me lleva hasta el río. Allí se queda pensativa y, algunas tardes, parece enfadada y como si hablara con alguien, algunas veces, sin pronunciar palabras. Yo le pregunto y veo que no es hacia mí su extraña postura. Me besa y sonrío. No pasa nada —me dice—, Bator, anda, juega con Buna un ratito; llévala un poco más abajo, donde el agua clarea y puede ver los pececillos que van en la corriente, eso la distrae. Pero lleva cuidado, no vayas a mojarle, hace frío aún y no estaría bien; bastante tengo con estos dos. Qué dos —le pregunto—. Bitania, dime quiénes son. Dónde están esos dos, no los veo. Son los pájaros, Bator, ¿no ves que asoman sus alas al aire y se pueden caer? No seas preguntona y llévate a Buna; son solamente cuatro o cinco pasos, yo os cuido desde aquí. Sí, madre, está un poco extraña, a Bitania debe pasarle algo.

—Bator, son los pájaros; a tu hermana le gusta mucho contemplar su vuelo. Eso debe ser, siempre anda preocupada por todo; que si Buna, que si la niña de Isska. Anda, tómate el agua y no te preocupes y no vuelvas a preguntarle con insistencia.

Esa noche, Kiria contó a Mordejai lo que su hija le había narrado. Éste se inquietó y no porque temiera que algún mal afectara el pensamiento de su hija mayor, sino por miedo a que algo llegara a oídos extraños y pudiera Bitania tener problemas y con ello toda la familia.

Buna estaba exaltada, llevaba varios días sin dormir bien. A través de las varillas de la ventana, se le veía trajinar sin sosiego. Algo debía enervarla. Bitania la llevaba de paseo a diario, no había perdido el apetito, su pelaje era oscuro y brillante, qué podría aquejarla. El cielo estaba raso y la nocturna tela, salpicada de luces, enmarcaba el silencio de la noche, tan sólo interrumpido por el chirriar agudo de los grillos. Pronto cantarían el gallo y ya las voces retornarían al ritmo de los días. Mordejai debería acudir a su trabajo y encontrarse con Eliezer, un rico comerciante de la ciudad que, del mercadeo de perlas, gemas, abalorios y lapislázuli había pasado a negociar la seda y el llamado tinte rojo de la India, que importaba desde allá

hasta Granada, donde los artesanos la tejían y teñían, para luego exportarla.

Bitania despertó, inquieta todavía por el sueño en el que, mezclado con otras secuencias, aparecía el rostro endurecido de un hombre, entrado en años, vestido a la usanza de los frailes cristianos, cuyas facciones se hacían más violentas, conforme le gritaba preguntas y preguntas. Cuando desaparecía el rostro, la ciudad, una extraña ciudad que no había visitado nunca, se encerraba en el fuego y veía su manto favorito quemándose. Se levantó de un salto y comprobó que se hallaba en casa, que las luminarias del nuevo día empezaban a clarear en la ventana y Buna estaba allí, debajo, en uno de los cobertizos que lindaban con la pequeña huerta.

Una vez realizadas las abluciones y tomado el alimento, Bitania siguió a su madre hasta el lugar donde llevaba a cabo las tareas de tejido. Siendo que Kiria era ágil en el arte de tejer, no precisaba la joven ser adiestrada por ninguna costurera ni bordadora especializada, pues aquella se encargaba, desde hacía cuatro años, de aleccionarla, durante varias horas, todas las mañanas. Cumplida su obligación de aprendizaje, la chiquilla solía acercarse hasta la casa de Esterel o bien dar un paseo por las inmediaciones del remanso. Eliel y Guior la esperaban siempre delante del portón de madera y, en cuanto la veían aparecer, se situaban uno a cada lado y comenzaban con la sarta de preguntas acostumbradas:

—Batshajar, ¿viste hoy a mis padres?

—No, Eliel, hoy tampoco los vi. Estarán atareados y por eso no es fácil que paseen por las calles. No te preocupes, ¿no ves que si preguntas tanto Guior los recuerda y se pone a llorar?

—Mi madre me traerá un bizcocho cuando vuelva. El agua estaba fría y tengo miedo.

—Corre, Guior, corre. Mira esos cuchillos, no te entretengas, corre.

—Algunas veces ellos ofician todo un rito de temor. Yo no sé de qué huyen ni quienes son los que así los asustan. Los chiquillos comentan esas cosas a mi lado y luego salen corriendo y, ¿sabes, Lía?,

me asusto yo también y veo sangre. Veo chorros, huellas de diminutos pies entre la sangre y ellos no están manchados, sólo corren, pero con miedo, hasta llegar al cauce y, una vez allí, como purificados por el agua, retornan a mi lado o saltan por las piedras y, a veces, incluso me sonrían.

—Pequeña, aún no es tiempo. Vive la vida aún, no quieras adentrarte por las oscuras trochas del pasado y recuerda, tan sólo, estas verdades: en donde fue ya no es. Donde fueron, no son. Tampoco están ahora donde están y el tiempo nunca existe para ellos, por eso te preguntan cada día, porque no tienen día y su pregunta es siempre la primera y la única.

—Yo sufro, Lía. Son tan pequeños, Guior aún pronuncia a medias las palabras y Eliel no debe andar más allá de los siete años. Y van tan mal vestidos y descalzos.

—Ellos no se dan cuenta, Batshajar. Sus pies nada saben del frío y el cansancio es algo que no roza sus figuras. Sólo les duele aquello que importa a sus espíritus, la falta de la madre, la soledad y, acaso al más pequeño, la memoria constante de un bizcocho, mas no por esa mezcla de harina con azúcar, no, sino por el amor que había en los ojos de la madre cuando se lo entregaba. Él asocia su forma con el beso que supone una mirada así.

—Lía, ¿te acuerdas cuando te conté que en mis sueños aparecía una mujer a la que torturaban de manera extraña, haciéndole beber agua, mucha agua? Pues la volví a soñar, su cara se veía claramente, pero no acababa de distinguirse qué tenía debajo.

Su cuerpo estaba como entre la niebla y gritaba, por lo que sé que le estaban haciendo daño. La tenían atada con unas cuerdas y se adivinaba algo como una pieza gruesa de madera puntiaguda sobre unos listones. Se oían voces. Sí, Lía, como las voces que escucho otras veces despierta. Y esa misma mujer me hablaba y me decía cosas de las flores. Pero cuando me hablaba de esas cosas ya no tenía la misma cara; era ella, pero no sufría ya. No entendía del todo qué quería decirme, pero escuché su nombre, Nejama.

—Batshajar, te dije que cuando se ven los pájaros, poco a poco se comienzan a ver otras cosas. Unas veces las cosas se manifiestan en el sueño y otras en la vigilia. No debes temer nunca. Jamás

te harán daño. Las cosas del después fueron antes y, aprendida la vida, no reaccionan nunca con la maldad que lo hacen los hombres. Solamente la luz aumenta en sus estancias; la sinrazón, las dudas, la enemistad, el miedo, se quedaron atrás. Ya no les queda sombra, no les temas.